

LA LUZ DEL MUNDO



Dr. Marcel Orestes Posada
Magistrado de la Corte
Suprema de Justicia

Si el paganismo primitivo presentaba mitos sobre dioses metamorfoseados en seres carnales y leyendas elevadas a deidades, aquel día en el monte sólo un hombre pudo mostrar la verdad de que Él ni es un dios cualquiera materializado, ni un humano con pretensión de divinidad. Porque es el mismo y único Dios desde antes de la fundación del universo; porque es, no una

luz, sino La verdadera, sin principio ni fin en la eternidad; desde siempre existente, antes de la orden del Creador “¡Fiat lux! Sobre el caos (Génesis 1:3 y Juan 1:1).

La semana previa a su ascensión al Tabor había confirmado la confesión pedrina en punto al misterio del ungido unigénito del Todopoderoso, profetizado mil veces por mil voces; había anticipado por primera vez su destino pasional, que culminaría en el Calvario. Fue anuncio de la lucha entre un monte de brillo y otro de tinieblas, desde el cual se ofrecería manso en oblación sublime, para rutilar triunfante contra la oscuridad.

El mismo había dicho “yo soy la luz del mundo” (Juan 8:12), aserto al parecer audaz, pero que se confirma comparando atributos como sigue:

1-Pureza. La luz puede pasar incólume por inmundicias, es incontaminable; nunca sujeta a corrupción; nada la mancha, es imaculable. Así estuvo Jesús en el planeta, sin pecado. Tentado en todo: en el hambre, urgencia de la carne en medio del desierto, retado a convertir la piedra en pan; tentación de los ojos, para que se exhibiera cual “superman” volador desde el pináculo del templo, sin que pie tropezara en escabroso porque ángeles vendrían por sostén; poder y vanagloria de los reinos mundanos, si de rodillas adorase al diablo. Todo eso y mucho más Él resistió con el “Escrito está...” de la Palabra (Lucas 4:1-12). Mostró así la más pura integridad.

2- Constancia. Siempre a velocidad de 300,000 Km/segundo en el vacío (aunque hoy día la ciencia pretende acelerarla) la onda luminosa es inalterable. Es que es obra del “Padre de las luces, en quien no hay mudanza ni sombra de variación” (Santiago 1:17). Inmutable en la sustancia (función espacial), invariable en el ritmo del paso (función temporal); intrínsecamente

la misma. Así lo creado, así el Creador, así Cristo ayer, hoy y por los siglos el mismo.

3. Victoria. La historia entera es guerra de la oscuridad contra la claridad. Cuando “la tierra estaba desordenada y vacía y las tinieblas sobre la faz del abismo”(Génesis 1:2), sin resistencia gobernaba Lucifer (otro Luzbel, ángel iluminado). Y a la divina voz de “Sea la luz”, el tenebroso declaró la guerra contra Dios, para manifestarla en el casco mismo del Edén, tentando a la pareja primigenia, a la sazón desnuda en la carne inocente, pero vestida de resplandor sublime. Cubrió así el mundo con sombras de pecado desde entonces. Pero un mensajero celestial, que es el eterno Cristo, advino fulgurante y triunfal para que las tinieblas no prevalecieran (Juan 1:5).

4-Gloria. Toda la materia es opaca (lo confirma la ciencia), pero sensible a la impronta del espectro solar, con capacidad de absorber y rechazar diferentes ondas y ser perceptible de uno u otro color. De alma opaca nosotros, dotados, sin embargo, de avidez al toque luminoso del cristalino Cristo, prestos a recibir la “shekiná”, encendida presencia de Dios, sinónimo de gloria, el Señor mismo en persona.

Desde la cima del Tabor, ante el asombro de los principales, Juan, Pedro y Jacobo, “se transfiguró” Jesús el hombre (Mateo 17:2) Rostro resplandeciente, cual un sol en su más albo blanco. Radiante e imantada mezcla de la totalidad de los colores, para simbolizar que todos allí cabemos, indiscriminadamente, en democracia universal, igualitaria, directa, sin representaciones.

Por testigos del cielo, Moisés y Elías, para evidencia divina fundada en “la ley y los profetas” que él solía citar. Y el trueno sentencioso del Providente en lo hondo de la nube: “Este es mi hijo el amado, a quien debéis oír” (Marcos 9:7). Fue primicia que habría de guardarse con celo, mientras no sucediera por tanto el portento de las resurrección. Secreto sustancial y esencial que, cuando fue develado, brotó en confirmada verdad, la cual, ergo, es esencia y sustancia. Es llamado a pureza y constancia, con promesa premial de victoria y de gloria. Es mensaje de Aquel que nos “...llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1ª. Pedro 2:9), a abreviar en el brillo rotundo para ser, a manera de espejos, reflectores de su shekiná hacia el mundo.